

## PROFESORES Y ALUMNOS EN LA ACTUALIDAD

*María Angeles Carmona González*

El sistema educativo español ha evolucionado en este siglo en consonancia con las circunstancias sociales, económicas y sobre todo políticas del país. Las décadas de los sesenta y setenta fueron una época fructífera en nuevas experiencias y planteamientos de la enseñanza, casi todas de tendencia humanista que propugnaban el antiautoritarismo. La educación se concebía como una vía para la liberación personal y colectiva. De 1970 es la Ley General de Educación y Financiación de la Reforma Educativa (L.G.E.), que es la base del sistema educativo vigente en la actualidad, en los centros en los que no se ha comenzado a aplicar la LOGSE o Ley General del Sistema Educativo de 1990. Esta llega en una época bastante diferente, pues parece ser que no sólo se han agotado las experiencias educativas contestatarias en estos últimos quince años, sino que incluso ha desaparecido el interés por la ideología. La nueva condición de la ideología se asienta en los valores individualistas y en el antihumanismo contemporáneo y pierde el sentido liberador que poseía. Se basa en la nueva condición de la realidad social actual en la que las crisis económicas, los nuevos acontecimientos políticos, el desarrollo absoluto y generalizado de las nuevas tecnologías, la acumulación ingente de capital multinacional, el descalabro de la izquierda... han cambiado totalmente las formas de vida. A finales del siglo XX parece ser que concluye la modernidad, o lo que es lo mismo, la sociedad liberal y burguesa que dio lugar al capitalismo y al marxismo, e iniciamos una nueva era histórica a la que llaman poscapitalismo o posmodernidad.

Angel Pérez Gómez (1994) cuando habla de la sociedad posmoderna dice que no es difícil detectar la impresión de perplejidad que envuelve en la actualidad el ámbito de la escuela y de la práctica educativa, así como la sensación de desconcierto generalizado entre los docentes. Parece que asistimos impotentes a la erosión y desmoronamiento de un importante

edificio clásico, aparentemente sólido hasta ayer, sin que se vea con claridad cómo se va a reconstruir.

Los docentes vivimos en el ojo del huracán de la innegable situación de crisis social, económica, política y cultural que vive nuestra sociedad al final del presente milenio.

En el sistema educativo existe una instancia de mediación cultural entre los significados, los sentimientos y las conductas de la comunidad social y el desarrollo singular de las nuevas generaciones. Cuando se cuestiona el mismo sentido de la escuela, su función social y la naturaleza del quehacer educativo, como consecuencia de las transformaciones y cambios radicales tanto en el panorama político y económico, como en el terreno de los valores, ideas y costumbres que componen la cultura, o las culturas de la comunidad social, los docentes aparecemos sin iniciativas, arruinados o desplazados por la arrolladora fuerza de los hechos, por la vertiginosa sucesión de acontecimientos que han convertido en obsoletos nuestros contenidos y nuestras prácticas.

Como consecuencia de la implantación de la Reforma, aparecemos ocupados, con mayor o menor angustia y convencimiento, en tareas burocráticas de concreción del qué, cómo y cuándo, enseñar y evaluar; de un curriculum regional, cuyos fundamentos y sentido, su por qué y para qué se han hurtado a los docentes, no han sido el resultado de un debate público. Así, ocupados una vez más en tan decisiva tarea técnica, se nos escapa de nuevo el significado sustantivo, complejo y conflictivo de nuestra tarea profesional.

Por ejemplo, el Ministerio presentó para el debate hace más de un año las "77 medidas" para mejorar la calidad de la enseñanza. El debate ha consistido pura y llanamente en hacernos entrega de ese documento y en que manifestáramos nuestra opinión por escrito. Tras hacerlo hemos recibido la llamada por respuesta. No sólo no ha agradecido el esfuerzo ni ha tenido en cuenta nuestras propuestas sino que no ha justificado por qué las rechaza.

Para hacer frente a esta situación de desconcierto y perplejidad, de rutina e inercia, o desencanto, conviene, según Angel Pérez, profundizar en la naturaleza polémica de la relación de la enseñanza con la sociedad posmoderna.

La característica que mejor define la modernidad es la apuesta por el imperio de la razón como el instrumento privilegiado del ser humano, que le permite ordenar la actividad científica y técnica, el gobierno de las

personas, y la administración de las cosas, sin recurrir a fuerzas y poderes externos o sobrenaturales.

Los procedimientos racionales se consideran suficientes para promover el desarrollo, la modernización y el progreso ilimitado en todos los ámbitos de la realidad natural y social, así como minar el poder político, económico y social. Conduce a definir un modelo ideal de desarrollo y comportamiento humano y como consecuencia a imponerlo.

La crítica a esta concepción ha tenido consecuencias demoledoras para la pervivencia de la modernidad: Se ha demostrado el carácter provisional e histórico de la producción de conocimientos, en lo cultural su intolerancia que discrimina y arrasa la diversidad y porque en cuanto al concepto de razón el hombre se ve obligado a someterse a ella y a someter a los demás.

La escuela ha sido el reflejo de los valores y contradicciones de la cultura moderna. Esta olvida las peculiaridades y diferencias del desarrollo individual y cultural, desprecia los procesos, contradicciones y conflictos en la historia del pensar y el hacer, restringe la enseñanza al conocimiento, desatendiendo las intuiciones, emociones y sensibilidades.

En las últimas décadas del siglo XX se ha impuesto una manera nueva de entender y desarrollar las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales. Algunos llaman a esta época y sus características, hipermodernidad o radicalización de la modernidad, Heargreaves (1993) la denomina posmodernidad. Su rasgo más característico es la crisis de la razón, como instrumento para lograr el progreso, la justicia y la felicidad. Un conjunto de graves acontecimientos como guerras mundiales y regionales no racionales; pobreza y miseria paralela a la masiva destrucción de alimentos por exigencias del mercado; desigualdad Norte-Sur; racismo y xenofobia; ritmo atosigante y acelerado de los hombres ocupados junto a inmensas bolsas de paro... conducen al desencanto y rechazo de las premisas modernas. La razón es débil, parcial, manipulable, subordinada y utilizada por intereses inconfesables e irracionales.

No hay verdades absolutas que superen el paso del tiempo y el espacio, sólo certezas relativas. Como consecuencia del desencanto, se va al extremo opuesto. Se renuncia al conocimiento histórico, al compromiso político, a la defensa de cualquier principio ético... Asume el privilegio de lo particular, la primacía del presente y el desprecio del pasado y del futuro, el imperio de lo privado, el culto a la imagen, la estética, el diseño, la moda fugaz, el placer presente, la obsesión por el culto al cuerpo y por la

apariencia juvenil, de modo que la adolescencia se convierte en el modelo del resto de las generaciones.

En la sociedad posmoderna es más importante el tener que el ser, la apariencia que la realidad, se considera realidad sólo lo que aparece. Cuando la importancia de las formas pretende desarrollar las capacidades estéticas de expresión y comunicación, de crear nuevas vías para expresar el mundo interior individual o social, puede considerarse con potencialidad educativa porque favorece el desarrollo creador del individuo y de la comunidad. Por el contrario, si la exaltación de las formas o apariencias es a costa de los contenidos para ocultar su vaciedad o irracionalidad, es un poderoso obstáculo que arraiga en la juventud por el atractivo de sus estímulos, relacionados con los sentidos, con la percepción más sutil y diversificada. No es una cultura neutral o inocua, sino al contrario, porque oculta los verdaderos intereses que transmite y por tanto es difícil analizar críticamente el sentido de los mensajes y la finalidad de los influjos.

Muchas de las propuestas de la vida cotidiana posmoderna no pueden considerarse educativas porque no facilitan el desarrollo consciente ni del pensamiento, ni de los sentimientos y afectos, ni de las conductas de los individuos. Pero, como la condición posmoderna de la sociedad es innegable y a través de sus omnipresentes influjos condiciona el crecimiento de las nuevas generaciones, la escuela tiene que intervenir adecuadamente ante tales exigencias y circunstancias. La escuela debe vincularse con las exigencias educativas de la condición posmoderna.

No se trata de asimilar la cultura privilegiada, ni de prepararse para las exigencias del mundo del trabajo o para el proyecto histórico colectivo, sino del enriquecimiento del individuo, en sus pensamientos deseos y afectos, lo que supone la defensa de la libertad personal y el desarrollo de la comunidad. La escuela debe facilitar la transición del individuo a sujeto, lo que requiere la vivencia consciente, rica y compleja, a veces placentera, otras polémica, de la cultura. Que la actividad educativa facilite el desarrollo de la razón, dentro del individuo, para convertirse en sujeto crítico de sus propias elaboraciones y conductas. En definitiva vivir la cultura en la escuela, interpretarla, reproducirla y recrearla, más que aprenderla académicamente. Es curioso que Manuel Vicent en *Tranvía a la Malvarrosa*, novela autobiográfica de su adolescencia, publicada en 1994, nos presente a un joven identificado con todas las propuestas de la sociedad posmoderna, pero que vive en los años cincuenta. Esto hace poco verosímil al personaje.

Lo que sí parece claro es que nuestra sociedad y nuestros profesores necesitan redefinir los valores en los que creen, los objetivos por los que trabajan y el tipo de hombre al que quieren formar.

Según José Manuel Esteve (1987), este trabajo de clarificación ahora es más difícil que en épocas precedentes, pues por primera vez en la historia, se les exige a los profesores y al sistema de enseñanza que preparen a sus alumnos, no para el presente, sino para la sociedad en la que vivirán su edad adulta, y que sin duda será muy distinta de la actual. Cada vez los cambios se producen en periodos más cortos, y posiblemente llegaremos a una dinámica de renovación permanente.

El profesor ha sido siempre una figura en cuestión por la misma contradicción inherente al papel que representa. Contradicción que se manifiesta entre lo que el profesor hace y lo que la sociedad querría que hiciera. Entre la aspiración al desarrollo creativo, crítico y personal, frente a la exigencia social de sumisión e integración en el orden establecido.

Nuestra sociedad es hipócrita y ambivalente, pues nos aplica a los profesores el discurso de la abnegación y del valor espiritual de nuestro tiempo, cuando en realidad desprecia todo lo que no tenga valor material.

Es injusto que nuestra sociedad nos considere los únicos responsables del fracaso del sistema escolar masificado, apresuradamente maquillado, para hacer frente a la crisis social, económica e intelectual de la sociedad. Hay un cambio social acelerado, las exigencias de la sociedad sobre el profesor se han diversificado. Hemos llegado a tal punto que elija el modelo que elija, el profesor actual va a enfrentarse con los que piensan en la educación desde otras perspectivas. Además nuestros sistemas de enseñanza han multiplicado las exigencias contradictorias, desconcertando a los profesores sin conseguir unas estructuras adecuadas a las demandas sociales. Por otra parte la sociedad y la administración acusan a los profesores de constituir una rémora ante cualquier intento de renovación. Y los profesores los acusan de hacer reformas, sin dotarlas de los medios y condiciones necesarias para una auténtica mejora.

En el diario *El Mundo* del 1 de marzo, respecto al último recorte presupuestario en el Ministerio de Educación, se dice: "Cuando uno escucha justificaciones como las que se están dando que dicen que un recorte de más de 30.000 millones de pesetas para este año no afecta al sistema educativo, uniéndolo a los recortes de años anteriores, hay que pensar que tienen razón no va a afectar a la enseñanza. Digo más, habría que alabarles. Porque si quitamos 30.000 millones y no pasa nada ¿hasta cuánto se puede quitar sin

que pase nada? Sinceramente, hace gracia que 30.000 millones de recorte durante este año no tengan importancia. Porque ese dinero significa que no se construirán los quince institutos previstos, no se podrán contratar profesores especialistas de música, no habrá más plazas para idiomas o incluso que se retrase la implantación de la LOGSE una tercera vez. Pero claro 30.000 millones no tienen importancia. Pienso que en algún momento se ha mentido: o antes sobraban o ahora faltan".

La enseñanza de calidad actualmente existente, allí donde se da, es fundamentalmente la consecuencia de la buena voluntad del profesorado, que frente a la tentación de abandono y dimisionismo, derrocha energías y entusiasmo, supliendo con su actividad la falta de medios. Criticado y puesto en cuestión el profesor ha visto descender su valoración social.

Descontento con las condiciones en que trabaja, e incluso, a veces, consigo mismo, el malestar docente se ha constituido en una realidad constatada y estudiada, desde diversas perspectivas, por variados investigadores. Desde los años cincuenta se viene utilizando el término "malestar docente", aunque es en los últimos años cuando más se ha generalizado. Con esta expresión se refieren a los efectos permanentes de carácter negativo que afectan a la personalidad del profesor como resultado de las condiciones psicológicas y sociales en que se ejerce la docencia. La conjunción de varios factores sociales y psicológicos, presentes en la situación en que actualmente se ejerce la docencia está produciendo un ciclo degenerativo de la eficacia docente.

En Europa y en Estados Unidos la enseñanza secundaria está puesta en cuestión. La crisis es general y doble: Crisis de la institución escolar cuyo rendimiento es de lo más mediocre y crisis del acto pedagógico.

La transformación de los agentes tradicionales de socialización (familia, ambiente próximo...), han dimitido de sus responsabilidades educativas en los últimos años y se les exige hacerlo a las instituciones escolares, que se encuentran sin capacidad, por lo que se produce un vacío en el proceso de socialización de los jóvenes. Un factor que ha influido de una manera importante ha sido la incorporación de la mujer al trabajo y la transformación de la familia, que se ha reducido en su dimensión y en sus relaciones.

Hace veinte años, el profesor constituía la fuente casi exclusiva de información, ahora cualquiera de sus afirmaciones puede ser discutida, utilizando las informaciones o los valores recibidos por otros medios de información.

El profesor debe decidir qué valores transmitir entre los vigentes en nuestra sociedad y cuáles por el bien de sus alumnos cuestionar y criticar. Hasta hace unos años las instituciones coincidían en los valores fundamentales. En la actualidad se ha perdido el anterior consenso, al que ha sucedido un proceso de socialización conflictivo y divergente, lo que le provoca una nueva fuente de malestar al profesor, al debilitarse el apoyo que se les ofrece y creándoles dificultades sin precedentes. Los enseñantes consideran que es injustificado reprocharles el que no estén a la altura de todos los desafíos que plantea un mundo en rápida transformación, sobre todo porque no disponen de los recursos que querrían para afrontarlos.

La situación se agrava porque el profesor debe compaginar roles contradictorios: Debe ser compañero y amigo de los alumnos; al mismo tiempo debe ser juez y seleccionar al final de curso. Ocuparse del desarrollo individual y de la evolución de la autonomía de cada alumno y al mismo tiempo conseguir la integración social y que se acomode a las reglas del grupo. A veces el profesor vive una profunda ruptura con la sociedad o con la institución educativa y discrepa de la forma en que funciona o de los valores que promueve, pero ante sus alumnos aparece como el representante de la sociedad y de la institución.

El cambio acelerado del contexto social ha acumulado las contradicciones. El profesor se queja de malestar, cansancio, desconcierto. Pero el cambio no ha hecho más que empezar, porque la educación está empeñada, por primera vez en su historia, en preparar a los hombres para una sociedad que aún no existe.

Cuando el entorno es estable podemos enfrentarlo. Si cambia rápidamente, hasta para el más saludable será difícil evitar el estrés. Los enseñantes, cuando se habla de su trabajo se sienten agredidos y viven con un sentimiento de persecución. Todos somos conscientes de la situación de crítica continua en la que vivimos: tenemos muchas vacaciones, trabajamos pocas horas, no hacemos nada en definitiva. El papel del profesor ha cambiado bajo la presión del cambio del contexto social, e igualmente se han modificado las expectativas, el apoyo y el juicio de ese contexto social.

Hace sólo unos años los padres apoyaban al profesor en cualquier conflicto. Ahora ante cualquier problema se ponen del lado de sus hijos. Cuando un padre va a hablar sobre su hijo, la mayoría de las veces intenta justificarlo, no buscar soluciones para los problemas. En última instancia la culpa es del profesor que no ha sabido enseñarle, y así nos convertimos en los responsables de todo lo que pueda ir mal. El enseñante se siente

injustamente juzgado por los padres. La valoración del profesor sólo se hace en sentido negativo: si el alumno va bien es que es un buen estudiante, si va mal es que el profesor es malo.

También el status social del profesor se ha modificado: antes se le reconocía un status social y cultural elevado, sobre todo en el Bachillerato. En el momento actual, nuestra sociedad establece el status social en relación con los ingresos. Las ideas de saber, abnegación y vocación no valen nada. Para muchos padres el profesor es el que ha sido incapaz de hacer algo mejor, o lo que es lo mismo, en lo que se gane más dinero. El salario es otro elemento más que contribuye al malestar. En Europa, Canadá y EE.UU., en todos los grados de la enseñanza, existen unas retribuciones inferiores a las de los profesionales de su misma titulación. Así en las fuentes de estrés de los profesores aparecen:

Primero, los salarios; segundo, la falta de coherencia en sus relaciones con los alumnos, y tercero, la sobrecarga de trabajo. Y en las razones de los profesores para abandonar la enseñanza tendríamos: Primero, los salarios; segundo, las pocas oportunidades para progresar; y tercero, demasiado trabajo. En la teleserie *Los mejores años*, que se emite a diario, hablando del precio de unos pisos se decía que no podían ser caros porque allí vivía una profesora de Instituto.

Otro elemento que contribuye al malestar docente es el problema del continuo avance del saber. Ya no le basta poner al día lo que aprendió, ahora tendrá que renunciar a contenidos que ha explicado durante años e incorporar otros de los que ni siquiera se hablaba cuando comenzó a ser profesor. Y además ha de pagarse su formación y hacerla fuera del horario escolar, porque la ineficacia de los cursos que imparten los C.E.P. es otro problema que todos conocemos.

El cambio social ha sido lento hasta este siglo, pero ahora el ritmo de cambio se ha acelerado tanto que nuestra imaginación no es capaz de seguirlo.

Un dato significativo, extraído de una encuesta, es que la mayoría de los profesores no animarían a sus hijos a serlo, lo cual demuestra una decepción, aunque no se confiese.

El tema de la personalidad del profesor y de las tensiones a las que se haya sometido aparece frecuentemente en la prensa y en otros medios de comunicación social. Suelen presentarse dos líneas contrapuestas: como una profesión conflictiva o como una actividad idílica. De la imagen conflictiva tenemos noticias casi a diario: violencia en las aulas, profesores agredidos por padres o por alumnos, bajas retribuciones, falta de



medios materiales...Todas estas circunstancias, sin duda, abruman al profesor que cada vez más piensa que sus esfuerzos son inútiles, lo que lo lleva a perder la ilusión y a sentirse frustrado en su trabajo.

En la visión idílica, sobre todo la transmitida por el cine o las series de TV, la mayor parte del tiempo, el profesor aparece relacionándose con sus alumnos fuera del aula, situación que está muy alejada de la realidad. Recuerdo que hace unos años, cuando la serie *Fama* tuvo tanto éxito, los alumnos que llegaban a Primero al Instituto, me decían que estaban muy desilusionados porque ellos habían imaginado que sería igual que en *Fama*. La misma desilusión que sufrimos la mayoría de los profesores cuando comenzamos con nuestra profesión, porque si bien no pensábamos en *Fama*, sí que llevábamos un estereotipo ideal en el que sólo habíamos tenido en cuenta lo positivo y como consecuencia nos encontramos desarmados para enfrentarnos a la multitud de problemas que supone la práctica real de la enseñanza.

Aparte de todos estos factores sociales, existen otros que inciden directamente sobre la práctica docente limitándola y creando tensiones y que en conjunción con los anteriores contribuyen al malestar docente. Estarían por un lado la falta de material, la falta de calefacción, la mala conservación del edificio, la suciedad, la penuria del mobiliario (más de una vez se me ha caído al suelo un alumno en mitad de una clase porque se ha roto su silla; el año pasado en un curso faltó la mesa del profesor varios días y tuve que suplicar una y otra vez para que buscasen un remedio de urgencia porque no tenía dónde depositar el material que traslado de una clase a otra... en fin los ejemplos que podría enumerar son infinitos y todos los profesores los conocemos). Lo peor es que no hay esperanzas de que la situación vaya a cambiar porque la crisis económica se ha traducido en grandes recortes presupuestarios.

Y desde luego es una ironía que se nos critique de falta de renovación metodológica o en la tardía incorporación de nuevas técnicas, cuando disponer del material mínimo supone un enorme esfuerzo cada día.

Lo mismo se podría decir de los recursos humanos, porque España ha sido el último país de la Europa de los doce en la relación entre el número de profesores, 20'1 por cada 1000 hates. menores de veinticinco años. Por ejemplo, en Bélgica, son 75'1.

En cuanto a la violencia en las instituciones escolares: el asalto a los centros que en muchas ocasiones no persigue el robo lucrativo, sino sólo destrozar, y a veces por los mismos alumnos, como consecuencia del clima de violencia en que se vive. Más generales son las pintadas con insultos a

los profesores en paredes, mobiliario..., los insultos verbales en cuanto te vuelves de espaldas, generalmente de carácter sexual, los atentados contra los coches...Y a veces los padres también son agresores. Está comprobado que donde existe más violencia es en la enseñanza secundaria, quizás porque los alumnos atraviesan en esa etapa sus años más conflictivos.

Sin embargo a nivel real la violencia es minoritaria, es la prensa la que la aumenta, pero a nivel psicológico provoca intranquilidad y malestar, porque la imagen pública del profesor aparece deteriorada y como consecuencia desciende la satisfacción en el trabajo.

Se relaciona el aumento de la violencia con la escolaridad obligatoria. Los jóvenes en edad de trabajar se ven forzados a seguir en el Instituto y acaban exteriorizando esta imposición de forma agresiva contra los representantes de la institución. Son numerosos los casos de alumnos que afirman estar en contra de su voluntad, y que argumentan sobre la inutilidad de lo que se les enseña porque al final les espera el desempleo.

El agotamiento es la consecuencia del malestar docente, lo que en términos populares se designa como estar quemado, en francés como *malaise enseignant*, y en inglés *burnout*. Es el efecto de la acción combinada de las condiciones psicológicas y sociales en las que se ejerce la docencia. Ese malestar difuso se concretará en absentismo, peticiones constantes de traslados, estrés, enfermedades más o menos fingidas y por último en enfermedades reales, neurosis reactivas o depresiones más o menos graves.

Otros investigadores señalan como la causa fundamental del agotamiento, la falta de tiempo para atender a las múltiples responsabilidades que se han ido acumulando sobre el profesor: ha de mantener la disciplina, pero ser simpático y afectuoso; ha de atender a los más listos que querrían ir más deprisa, y a los más torpes que tienen que ir más despacio; deben programar, evaluar, orientar, recibir a padres, organizar actividades culturales en el centro, atender problemas burocráticos...

El Consejo Escolar del Estado, en un análisis realizado en 1992 sobre las condiciones de trabajo del profesorado español, afirma la inexistencia de enfermedades profesionales docentes propiamente dichas. Pero sí se reconoce la posibilidad de que existan enfermedades relacionadas con la docencia. Según sus estadísticas el mayor número de días de baja tienen su origen en problemas traumatológicos, otorrinolaringológicos y psiquiátricos, por este orden. Y añaden que no se puede olvidar lo que se ha dado en denominar "malestar docente", fenómeno que cada vez más extendido, refleja el sentimiento de desazón del profesorado ante el

deterioro de su imagen social y el exceso de trabas para llevar a cabo su tarea.

## LOS ALUMNOS

Sin considerar el punto de vista del alumno, lo cual es difícil sin convertirse en uno de ellos, y sin observar la vida del alumno fuera del Instituto, no será posible ver claro el papel que el Instituto desempeña en la vida de una persona joven.

La misma utilización de la palabra "alumno" designa una categoría que puede carecer de significado para los alumnos. Es una palabra que no se les oye pronunciar en el Instituto para autonombrarse. Tal vez la mayoría de los jóvenes no estén interesados en poner de relieve su afiliación al Instituto como grupo. Quizás preferirían dar importancia a los grupos de amistad, que pueden estar fuera del ámbito escolar.

El alumno permanece seis horas diarias sentado en su clase, cada cincuenta y cinco minutos cambia el profesor, de manera que a medida que transcurre la mañana, cada profesor sucesivo se irá pareciendo más y más al anterior, hasta que al final de la jornada el alumno se puede encontrar al borde de la histeria.

El profesor ideal de los alumnos tiene un carácter complejo, porque ha de ser capaz de engendrar libertad dentro de un marco ordenado, se debe reír con los alumnos y comprenderlos, ha de ser bondadoso, amistoso, alegre, servicial, justo, con sentido del humor, que consienta bastante actividad de los alumnos y al mismo tiempo mantenga el orden. Además esperan que obre a modo de policía y juez a la vez, porque si el profesor se comporta como amigo, los alumnos lo encasillan dentro de la categoría de blando e incompetente, y merecerá escaso respeto.

También esperan que el profesor enseñe temas bien definidos y específicos, que les ayuden, que les expliquen la forma de allanar las dificultades, que sea paciente y que no se inhíba de sus responsabilidades.

Veamos como describe Kenzaburo Oé en *Una cuestión personal* a un profesor irresponsable con sus alumnos:

"...Bird se desplomó sobre sus rodillas, apoyó las manos sobre la madera del suelo y, con un gruñido comenzó a vomitar. De pronto, un cabeza de mosca se puso en pie de un salto, y comenzó a gritar... En breve la indignación del que hablaba contagiaría a los restantes noventa y nueve cabezas de mosca. Bird sería rodeado por un centenar de individuos

furiosos, sin la menor posibilidad de huida. Una vez más comprendió cuan poco entendía a los alumnos que instruía semana a semana.

-¡Apesta a alcohol!- ¡Es una resaca! Apelaré al director y te denunciaré para que te echen de una patada en el culo.

En el grupo hay un joven apaciguador que le responde:

-¡Oye, tú, no pensarás comértelo!...

Quizá Himiko tenía razón y efectivamente existía un grupo de jóvenes dispuestos a acudir en su ayuda en cuanto se metiera en líos o problemas... Bird se sintió feliz por unos instantes".

Los alumnos valoran como interesante al profesor que brinda fluidez a sus lecciones y sabe explicar de manera que sea comprendido por todos. Si por el contrario los alumnos se aburren, comienzan a hablar y a alborotar, el profesor interrumpe para calmarlos, puede ser que resulte inefectivo y entonces los alumnos lo descalifican y ya el ciclo se repetirá sucesivamente.

El profesor debe ser severo, riguroso y al mismo tiempo permitir un cierto grado de charla, nunca exigir silencio absoluto, y no hacer bromas si después se va a castigar a los alumnos que se ríen.

Como vemos las expectativas de los alumnos sobre los profesores son muy poderosas y parece que ejercen una influencia considerable sobre el comportamiento de los profesores, de tal manera que los profesores con los que los alumnos no armonizan son los mismos que no cumplen estas reglas.

Con algunos profesores se producen a veces malentendidos trágicos, que todos conocemos: quién no ha visto a profesores desesperados porque se sienten incapaces de controlar al grupo, que a su vez hace sufrir al profesor las más variadas crueldades, desde no dejar de hablar a gritos, moverse por la clase sin orden... hasta las agresiones al coche, los insultos verbales, etc.

Y suelen ser los profesores de mentalidad liberal, que se preocupan profundamente por sus alumnos, los más incapaces de conseguir la colaboración de los alumnos. Todo porque se obstinan en no seguir las normas admitidas de controlar la clase. Es seguro que será interpretado como blando y puede ser considerado blanco fácil y tratado despiadadamente. La mayoría de estos mismos profesores, después de un tiempo, serán más formales y distantes en sus relaciones con los alumnos. Se darán cuenta de que los primeros días del curso son fundamentales para la

elaboración que los alumnos hacen de la imagen del profesor y tendrán la precaución de preparar su "careta" antes de comenzar las clases.

Es comprensible que muchos profesores que comienzan y otros que llevamos más tiempo no veamos claro todo esto, a pesar de que no tengamos más remedio que seguir esas reglas impuestas e implícitas. La objeción es que los alumnos reclaman con lo anterior un papel pasivo. Exigen que se les imponga orden y no la oportunidad de controlar su comportamiento con responsabilidad. Exigen que se les enseñen cosas, no la oportunidad de averiguarlas por sí mismos y en fin exigen un profesor que restringe su autonomía. Habría que preguntarse si la Enseñanza cumple unos objetivos adecuados al seguir estas exigencias tan restrictivas.

Por su parte algunos profesores carecen de los recursos precisos para responder adecuadamente ante ciertas situaciones potencialmente conflictivas desarrollando ansiedad y la idea de su incapacidad para enfrentarse con éxito a estas situaciones, y al aumento de las expectativas que sobre él se proyectan, y por esta razón los más ansiosos se deprimen.

En mi Instituto, en los últimos años se han jubilado anticipadamente dos profesores, por estas causas, uno de ellos bastante joven, y sólo somos cincuenta.

Los alumnos también clasifican a los profesores por su edad: viejos y jóvenes. Los viejos son figuras aisladas, lejanas imprecisas, sin relación con los alumnos, sin ilusión, sin implicación personal en lo que hacen, sin pasión de vivir, a los que todo les da igual, y en su apatía nada le importa demasiado. A los jóvenes los consideran más liberales y capaces de mantener una relación cara a cara, pero que con el tiempo se desgastarán sus inquietudes y simpatías porque envejecen. Mientras, los alumnos tienen siempre la misma edad, se equivocan en las mismas cosas y plantean las mismas preguntas.

El profesor desesperado grita: "¿por qué no me entienden?". Y es que es difícil captar las interrogaciones, dudas y dolores del crecimiento del adolescente, que es un sujeto paciente, manufacturado, al que el proceso educativo deja sus necesidades insatisfechas, de ahí los síntomas cada vez más frecuentes y numerosos de desinterés e inhibición. Cada año son más los alumnos que se sientan a "calentar la silla" y en apariencia les da igual todo lo que ocurre en la clase. Hasta hace pocos años, los que no hacían los ejercicios para casa eran unos cuantos, ahora son dos o tres los que los realizan, y lo peor es que el alumno no se inquieta cuando el profesor le pregunta por su trabajo, o le pide que participe en la clase. Ni siquiera se molestan en sacar el papel y el bolígrafo si el profesor no va de arriba a

abajo comprobando uno a uno lo que hacen. La apatía es casi general. Los pocos alumnos que pueden estar interesados, sumergidos en este ambiente, a veces acaban contagiados, y, o bien se pasan al bando de los "calienta sillas" o dan de sí mucho menos de lo que podrían en otras condiciones más favorables.

También, y hasta cierto punto, el alumno piensa que es el causante de esta situación al no favorecer, iniciar e incluso boicotear su relación con el profesor. Hay una ambivalencia: desea y rechaza al mismo tiempo. Desea el contacto y no sabe cómo lograrlo. Pero le teme al ridículo que hacen los alumnos que se relacionan bien con los profesores y a los que se les llama "pelotas". Esa ambivalencia es propia de su etapa evolutiva, que convierte la relación profesor-alumno en deseada y necesaria, y también en hostil y agresiva. En esta situación el profesor debe intentar asumir su papel de figura que recapitula sentimientos encontrados y que recibe fuertes sentimientos hostiles y marcar su presencia y no su destrucción ante los alumnos, tomando la iniciativa para impedir la lejanía y para impedir que los rasgos negativos que se generan en torno a su persona no queden definitivamente plasmados.

En el fondo late una contradicción entre los fines de la enseñanza que serían la formación y la realidad de transmitir unos determinados contenidos, por imperativos de nuestro sistema educativo. Así, por ejemplo, en un tema determinado, como puede ser el lenguaje oral en COU, en el que puede resultar interesante grabar un reality de TV y pasarlo varias veces hasta que los alumnos analicen cada una de las características, resulta prácticamente imposible, porque se ocuparía un tiempo necesario para explicar un programa larguísimo del que se tendrán que examinar en Selectividad. Y ese es sólo un ejemplo, porque algo similar habría que hacer con el lenguaje periodístico, la publicidad... En lugar de esto el profesor debe limitarse a analizar varios textos y a emprender de nuevo la carrera para darle fin al programa oficial.

El alumno que es tratado respetuosamente puede que encuentre su propia identidad e incluso que se despierte su responsabilidad, pero siempre irá con precauciones que le hacen mantener una cierta distancia. Nunca se da la entrega completa, por las dificultades internas de la edad y porque hay transferencias inevitables de los padres a la figura del profesor.

Ante un examen los alumnos casi siempre piensan que existe una gran desproporción con lo aprendido y consideran una injusticia la corrección. Creen que existe una constancia en valorarlos con la misma nota, lo que

para ellos es doloroso porque están en una edad de evolución constante, donde el crecimiento, la mejora y la crisis deben ser prevenidos con antelación.

Ante los novillos justifican la ausencia por la calidad ínfima del profesor, su pesadez... Buscan excusas para casa y para el centro, pero en el fondo se sienten culpables.

Dentro de los alumnos, en su situación escolar se aprecia una fuerza agresiva muy potente. Se podría pensar que esto proviene de la patología del adolescente, o que es el resultado de todas las frustraciones a las que se ha visto sometido durante muchos años de escolarización o que nuestra sociedad es así. Es peligroso no detectar el volcán. Por eso debe profundizarse en su conocimiento, porque existe un riesgo en el desconocimiento y en las consecuencias que puede tener. Así lo describe Jorge Juan Martínez en *De este lado del silencio*, novela premio Jaén de narrativa infantil y juvenil 1994:

" Garrido (el profesor) se le quedó mirando unos segundos con ojos de asesina incredulidad y acto seguido hizo lo que la educación, el sentido común y, sobre todo, la notoria diferencia de envergadura entre Lucas (alumno) y él desaconsejaban, pero toda una vida de crueldad académica convertía en poco menos que inevitable: apretó sus mandíbulas de piraña, exhibió sus puñetes amoratados y se lanzó con un grito ininteligible contra su inesperado adversario. Lucas le recibió con un durísimo directo en plena boca y, ante el asombro complaciente del Bife (alumno) y mi propia atención semihipnótica, acabó de machacarlo con una velocísima combinación cruzada de crochets de izquierda y ganchos de derecha... a Garrido le cayó encima un chorro de hostias impresionante que le dejaron tumbado en mitad del pasillo".

Los adolescentes son muy listos, se dan cuenta de todo, pueden captar cuando un profesor está bien o mal y como además muchas veces son injustos y duros, se puede crear un ambiente de gran agresividad en el que resultará difícil desarrollar la creatividad y asimilar los conocimientos. Por este motivo no tenemos más remedio que arriesgarnos a tratar abiertamente la agresividad y los conflictos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALVAREZ, J.L.: *Investigación psicosocial sobre los profesores*. Ediciones Marova. 1977, Madrid.
- COLOM, A. J. y MELICH, J. C.; *Después de la modernidad. Nuevas filosofías de la educación*. Paidós. 1994, Barcelona.
- CONSEJERIA DE EDUCACION Y CIENCIA. EPOE de Córdoba: *Mis papeles*. Cuadernos de COU.
- DEBESSE, M. y MIALAREL, G.; *La función docente*. Oikos-Tau. 1976, Barcelona.
- DIARIO 16 ANDALUCIA. Cuadernos: 26 de enero y 23 de febrero de 1995.
- DIARIO EL MUNDO. Campus: 1, 8 y 15 de febrero; 1 de marzo. Todos de 1995.
- DIARIO EL PAÍS : 24 de enero, pág.29; 14 de febrero, págs.33, 34,35, 36; 21 de febrero, págs. 31 y 32. Todos de 1995.
- ESTEVE, J.M.: *Profesores en conflicto*. Narcea.1984, Madrid.*El malestar docente*. Laia. 1987, Barcelona.
- FULLAT, O.: *Las finalidades educativas en tiempos de crisis*. Hogar del libro. 1982, Barcelona.
- GOBLE, N.M. y PORTER, J.F.: *La cambiante función del profesor*. Narcea. 1980, Madrid.
- HAVIGHURST, R.J. y TABA, H.: *Carácter y personalidad del adolescente*. Marova. 1976, Madrid.
- LIPOVETSKY, G.: *El imperio de lo efímero*. Anagrama. 1991, Barcelona.
- LYOTARD, J.F.: *La posmodernidad*. Gedisa. 1987, Barcelona.
- LYOTARD, J.F.: *La Condición Posmoderna*. Cátedra.1989, Madrid.
- MARTÍNEZ, J. J.: *De este lado del silencio*. Alfaguara. 1994, Madrid.
- MENDEL, G.: *La Rebelión contra el Padre*. Península. 1971, Madrid.
- MENDEL, G.: *La crisis de generaciones*. Península. 1972, Madrid.
- MUÑOZ, E. y MARUNY, L.: *Respuestas escolares*. Cuadernos de Pedagogía. Marzo de 1993.
- OE, K.: *Una cuestión personal* . Anagrama. 1989, Barcelona.
- PENNAC, D.: *Como una novela*. Anagrama. 1993, Barcelona.
- PEREZ GOMEZ, A.I.: *La cultura escolar en la sociedad posmoderna*. Cuadernos de Pedagogía. N. 225, mayo de 1994.
- ROF CARBALLO, J.: *Rebelión y futuro*. Taurus. 1970, Madrid.
- SPRANGER, E.: *El educador nato*. Kapeluz. 1960, Buenos Aires.
- STUBBS, M. y DELAMONT, S.: *Las relaciones profesor alumno*. Oikos-tau. 1978, Barcelona.
- SUMMERS, G. F.: *Medición de actitudes*. Trillas.
- TOFFLER, A.: *El shock del futuro*. Plaza y Janés. 1990, Barcelona.



- TOFFLER, A.: *La tercera ola*. Plaza y Janés. 1990, Barcelona.
- TOFFLER, A.: *El cambio del poder*. Plaza y Janés. 1991, Barcelona.
- TROCH, A.: *El estrés y la personalidad*. Herder. 1982, Barcelona.
- VARELA, J. y ORTEGA, F.: *El aprendiz de maestro*. MEC. 1984, Madrid.
- VATTIMO, G. : *El fin de la modernidad*. Gedisa. 1986, Barcelona.
- VINCENT, M.: *Tranvía a la Malvarrosa*., Alfaguara, Madrid, p. 73.